

Comentario

Elecciones en Nicaragua y lecciones para El Salvador

Los resultados de las elecciones del 25 de febrero contradijeron los de las encuestas más serias, incluso las hechas por compañías norteamericanas contrarias al Frente Sandinista (FSLN). La sorpresa general fue mayor al contrastar los resultados de las urnas con el cierre de la campaña del gobierno, el cual congregó a una muchedumbre enorme, quizás diez veces mayor que la de la Unión Nacional Opositora (UNO). Los datos electorales finales manifiestan que el electorado nicaragüense se polarizó completamente entre el FSLN y la UNO, mostrando una división profunda en el país, pues los otros partidos políticos quedaron condenados a la irrelevancia. Todo esto muestra que el proceso electoral se desarrolló con gran libertad, honestidad y nitidez ante los ojos del mundo, cosa que, antes de conocer los resultados, fue ampliamente cuestionado por la mayoría de los medios de comunicación social y por el gobierno de Washington y sus aliados.

Al aceptar su derrota, el presidente Daniel Ortega se comportó como un dirigente político de gran calidad humana y con altura de gran estadista. Sin embargo, para el pueblo latinoamericano pobre y consciente, estos resultados significan un duro golpe, pues implican un retroceso grave del modelo revolucionario más original del tercer mundo. Para los procesos populares salvadoreño y guatemalteco significan más dolor y dificultad. Pero también significa que no se puede mantener un proceso revolucionario con la

mayoría de la población descontenta y con hambre.

Las primeras explicaciones de estos resultados tan inesperados y demoleedores apuntan al éxito de la política norteamericana de múltiple agresión armada, económica, comercial, financiera, diplomática e ideológica. Durante los últimos cinco años, el pueblo nicaragüense ha visto cómo se ha ido empobreciendo, cada vez más y sin ninguna esperanza. El Producto Nacional Bruto descendió la mitad. El poder adquisitivo descendió el 80 por ciento. Un ajuste estructural radical hecho en 1988 disparó los precios hacia arriba. Probablemente, los nicaragüenses percibieron claramente que mientras el FSLN estuviera en el poder, Estados Unidos continuaría apoyando la guerra de "los contras" y manteniendo las medidas económicas que, de hecho, han empobrecido desesperadamente a la mayoría de la población. Esto supone también desaprobación la postura desafiante del gobierno de Managua frente al de Washington. Probablemente, consignas como "Si gana la Violeta, se acaba la guerra" tuvieron eco en la conciencia colectiva nicaragüense cansada de la guerra y sobre todo de un servicio militar obligatorio tan pesado. En este sentido, el FSLN debió reaccionar con rapidez suspendiendo dicho servicio una vez que la guerra comenzó a disminuir en intensidad y extensión. Los electores, en su gran mayoría jóvenes y mujeres, afectados por el servicio militar, resintieron la inflexibilidad del gobierno sandinista. Por otro lado, la UNO desde el

comienzo de su campaña prometió suprimir dicho servicio si ganaba las elecciones. A esto se puede sumar el resentimiento nacional porque tampoco se redujo significativamente el presupuesto del ejército para inyectar más dinero a la recuperación económica.

El FSLN y su gobierno pagaron los errores cometidos en el manejo y la conducción económica. Concretamente, los nicaragüenses resintieron mucho la llamada "compactación" de los empleos, por medio de la cual el gobierno redujo drásticamente el gasto público despidiendo a miles de empleados estatales. Con su voto por la UNO, los nicaragüenses decidieron el dilema entre "dignidad y gallo pinto," escogiendo éste último. El exceso de propaganda del FSLN, sobre todo en el uso de transportes, fue visto como un costo que sería pagado por todo el pueblo más tarde.

El FSLN descuidó el contacto con el pueblo, olvidándose de la formación ideológica y ética, necesaria para formar una conciencia revolucionaria sólida capaz de asumir los valores y sacrificios exigidos por la revolución. No fue capaz de hacer ver a todos los nicaragüenses que la crisis económica no era causada por el modelo sandinista, sino por la guerra impuesta desde el exterior. El FSLN descuidó la formación de una conciencia colectiva responsable. Confió demasiado en su capacidad de largos años para movilizar grandes masas y la confundió con una muestra patente del arraigo de la conciencia revolucionaria. Antes de su última concentración, con la cual iba a cerrar su campaña, la dirigencia del FSLN estaba dispuesta a hacer nuevas concesiones, pero al ver aquella inmensa multitud reunida y en ambiente de fiesta decidió que aquéllas no eran necesarias, porque había suficiente apoyo popular para la revolución sandinista. En esto, el FSLN se olvidó de un elemento cultural muy nicaragüense, el Güegüense: tras la máscara del apoyo festivo al FSLN había una corriente profunda de descontento y mucho desencanto en el corazón. La libertad y el secreto del sufragio permitieron al nicaragüense expresar su sentir profundo. Probablemente, este sentir no se expresó antes por miedo a las coacciones sutiles, a la represalias indirectas en los ve-

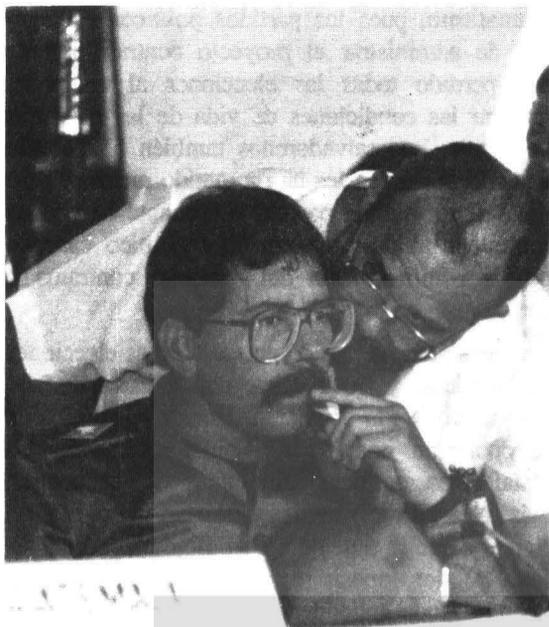
cindarios y a los estigmas de ser calificado de "contra" o de "GN." Una de las compañías encuestadoras descubrió que dependiendo de qué color (azul y blanco, rojo y negro, o neutro) fuera el lápiz del encuestador así variaba la opinión política del encuestado. El triunfalismo sandinista, manifiesto en sus expresiones como en sus convocatorias a las muchedumbres, fue castigado. Los nicaragüenses habrían sentido miedo a dar demasiado poder al FSLN; la memoria colectiva no ha olvidado aún el poder casi absoluto de la dictadura. La propaganda sandinista derrochó prepotencia, y esto mismo, quizás, atemorizó a la población, la cual, quizás, pensó que si el FSLN ganaba abrumadoramente, sentiría la tentación de dar por descontado el apoyo del pueblo y gobernaría imprudentemente.

El modo como el FSLN concibió a las organizaciones populares se revirtió en su contra, pues la utilizó como instrumentos para ejercer control sobre el pueblo, lo cual fue resentido por amplios sectores de la población. El FSLN se equivocó al no darles la autonomía necesaria para que fuesen canales por los cuales se expresaran las reivindicaciones populares, los intereses comunales o comarcales y los auténticos estados de ánimo y para que fueran medios para controlar el poder del Estado.

Asimismo, es probable que la votación haya sido afectada por la crisis del socialismo en Europa oriental y por la sensación de su desprestigio actual. Quizás el electorado temió que, después de los cambios ocurridos, los países del este europeo ya no seguirían enviando ayuda a Nicaragua.

También hay que considerar dentro de la explicación la influencia de la Iglesia católica, cuya jerarquía fue muy clara en manifestar de muchas formas su desconfianza y su repudio a los sandinistas. En *La Prensa*, por ejemplo, apareció una foto inmensa del cardenal de Managua bendiciendo a los candidatos de la UNO.

Finalmente, hay que tomar en cuenta los estilos de vida nada austeros, y en algunos casos más bien escandalosos, de algunos dirigentes sandinistas, algunos espectáculos caros y exclu-



yentes y la construcción de lugares de diversión para pocos, todo lo cual contrasta fuertemente con la pobreza en la cual ha tenido que vivir la mayoría de los nicaragüenses en los últimos años.

En síntesis, parece haber habido un voto más de castigo que de preferencia por la UNO, descontando, naturalmente, el fuerte de núcleo del antisandinismo convencido (quizás el 35 por ciento).

Pero no todo es negativo. Hay aspectos positivos importantes. En Nicaragua, el pueblo ha decidido que él es el que manda, lo cual, por otro lado, ha sido permitido por la limpieza del proceso electoral. La postura ejemplar del gobierno y del FSLN ha demostrado que ninguno de los dos es totalitario, tal como han querido hacer creer sus detractores. De hecho, es el primer gobierno que ha aceptado entregar el poder a otro. El FSLN llegó al poder por la fuerza revolucionaria de las armas, se mantuvo en él por el voto y por el voto lo deja ahora.

El FSLN tendrá que revisar sus cuadros y sus planteamientos; va a tener que volver a trabajar para que el pueblo nicaragüense aumente su participación y su conciencia e identidad. Y lo va a tener que hacer desde abajo, aunque, de hecho,

es el partido político más fuerte del país. La oposición va a ser homogénea, ideológicamente consistente y con fuerza organizativa. El casi medio millón de votos que tuvo el FSLN es un capital importante; medio millón de nicaragüenses respaldan al FSLN y al proceso revolucionario. Este respaldo social es mucho más sólido que los 630 mil votos de la UNO. En estas condiciones, la UNO va a tener que hacer algún tipo de pacto político con esta oposición tan fuerte y homogénea, de lo contrario no va a poder gobernar en una situación de confrontación total.

El gobierno de la UNO no va a ser fácil. La UNO es una coalición de partidos pegados con la goma del antisandinismo de sus oponentes. Los partidos de la coalición casi no tienen bases organizadas; algunos no las tienen del todo. Por consiguiente, el gobierno de la UNO se va a enfrentar a movilizaciones sociales muy fuertes sin tener estructuras organizativas consolidadas ni el hábito de aceptar la participación activa de la gente. Por otro lado, la UNO no parece tener suficiente gente preparada para abordar los complejos problemas actuales de Nicaragua.

En la UNO hay, en la práctica, tres sectores importantes. El primero se aglutina alrededor del vice-presidente electo, Virgilio Godoy, quien está siendo acusado de malversación de fondos extranjeros en los tribunales comunes. Sus seguidores están resentidos y son agresivos. El segundo grupo se encuentra en el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP) y es bastante intransigente sobre el modelo capitalista radical que desea implantar. El último grupo lo constituyen los consejeros de la presidenta electa, quienes han sido los gestores de su campaña. Está por decidirse cuál de los tres sectores hegemónizará el gobierno. Si hegemóniza el último grupo y el gobierno de Estados Unidos les deja margen, o ellos lo consiguen, es viable un período de reconciliación y de pacto político para sacar adelante al país. Si se impone una de las otras tendencias más duras, pueden pretender no sólo reducir el ejército, sino también tratar de liquidar su actual línea de mandos. En este caso, jugarían con fuego. Lo mismo sucedería si intentaran suprimir el aparato de seguridad del Estado o la

estructura del ministerio del interior. Otras fuentes de problemas podrían surgir si trataran de cambiar la constitución, de revertir el proceso de reforma agraria o devolver a sus antiguos dueños las propiedades confiscadas, sobre todo los inmuebles urbanos.

La derrota sandinista es una lección importante para cualquier gobierno, y en especial para el de El Salvador, que, como aquéllos, tiene hipotecada su economía para pelear una guerra. En efecto, los sandinistas hipotecaron su economía para pelear contra Washington, dedicando durante años más de la mitad del presupuesto en gastos militares. El gobierno salvadoreño desde hace una década viene haciendo lo mismo para pelear la guerra contra el FMLN. La experiencia ha demostrado que con propagandas vistosas y encendidos discursos no se llenan los estómagos vacíos. ARENA ganó las últimas elecciones presidenciales porque prometió que el cambio mejoraría la situación. Si esa mejoría no se nota pronto es previsible que, siguiendo las tendencias electorales de la última década, pierda las próximas elecciones legislativas y municipales con lo cual le será aún más difícil sacar adelante su plan de rescate nacional. Y el problema fundamental es que, como los sandinistas, está manteniendo una pesada hipoteca social sobre la economía nacional. Esa hipoteca no podrá desaparecer mientras siga la guerra.

El presidente Ortega y el FSLN desafiaron a Washington y sobrevivieron, alimentando el orgullo nacional, pero perdieron las elecciones, poniendo en peligro los logros de los diez años de revolución y los planes que tenían para el futuro. El costo del desafío económico y social resultó demasiado elevado para el pueblo nicaragüense. Lo mismo ha sucedido aquí, aunque sin tanto

dramatismo, pues los partidos políticos encargados de administrar el proyecto contrainsurgente han perdido todas las elecciones al no poder mejorar las condiciones de vida de las mayorías populares. Los salvadoreños también han estado votando por quién les ha prometido mejorar, pero hasta ahora ningún partido gobernante ha podido sobrevivir al desgaste social y político causado por la administración del proyecto contrainsurgente.

Lo mismo ha pasado en las últimas elecciones de Honduras y Costa Rica, donde han triunfado los partidos de la oposición. Estos son triunfos de la oposición nada más. Coincidentemente, las plataformas políticas triunfantes se encuentran más a la derecha de las oficiales, pero eso no significa que se trate de un triunfo de las derechas, sino de los opositores. Los electorados centroamericanos entienden poco de ideologías. Sus votos no han sido para la derecha, sino contra el hambre y la violencia. Por eso, ARENA tiene un futuro poco claro si no consigue parar la guerra y comenzar a reactivar la economía. Cualquier partido político que pretenda llegar al poder y conservarlo tiene que pensar en los mismos términos, de lo contrario seguirá la rueda de caballitos.

La derrota de los sandinistas es una lección muy útil para cualquier gobierno, porque demuestra que debe escuchar a la gente, incluida la oposición y que debe responder democrática y rápidamente a sus necesidades más fundamentales. De lo contrario, si las elecciones son libres, el pueblo volverá a expresar su descontento y llevará al poder a otro para ver si mejora su situación.

R.C.